

A-C.95/12



ORACION FUNEBRE  
Antolin Monescillo  
Madrid, 1.862.



A-Caj. 95/12





2  
54929

ORACION FÚNEBRE

QUE, POR ENCARGO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

Y EN LAS HONRAS

DE MIGUEL DE CERVANTES

Y DEMAS INGENIOS ESPAÑOLES,

PRONUNCIÓ

EN LA IGLESIA DE MONJAS TRINITARIAS DE MADRID, EL 28 DE ABRIL DE 1862,

el Ilmo. Sr. D. Antolin Monescillo,

obispo de Calahorra y la Calzada.



MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,

calle de la Madera, núm. 8.

1862



BRACON LÉONIE

1875

DE LA SOCIÉTÉ ANONYME

DE LA

DE MICHEL DE CERVANTES

Y DE LAS OBRAS ESPAÑOLAS

1875

DE LA SOCIEDAD ANÓNIMA DE LA

DE JIMÉNEZ DE CERVANTES

DE LA SOCIEDAD ANÓNIMA

1875

DE LA SOCIEDAD ANÓNIMA

DE LA SOCIEDAD ANÓNIMA





R.C.

39 1/2

# ORACION FÚNEBRE

QUE, POR ENCARGO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

Y EN LAS HONRAS

# DE MIGUEL DE CERVANTES

Y DEMAS INGENIOS ESPAÑOLES,

PRONUNCIÓ

EN LA IGLESIA DE MONJAS TRINITARIAS DE MADRID, EL 28 DE ABRIL DE 1862,

el *Ilmo. Sr. D. Antolin Monescillo,*

obispo de Calahorra y la Calzada.



MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,  
calle de la Madera baja, Núm. 8.

1862





*Multa vidi errando, et plurimas verborum consuetudines. (Eccli. : xxxiv, 12.)*

Vi muchas cosas cuando peregrinaba, y observé diferencia grande de idiomas.

SEÑORES :

A todos nos preocupa hoy un mismo pensamiento, y se ve embargada la imaginación de todos nosotros al recuerdo de las mil nobles figuras que parece levantar vivas, del silencio de los sepulcros, el aparato fúnebre que nos rodea. Descuella entre las mil aquel hombre de agudo mirar y de tranquilo semblante, quien con ánimo resuelto y de frente serena jamás desmayó en las humanas fatigas, ni aflojó en los arriesgados proyectos. Parecía vigorizar su esperanza á presencia del peligro; nunca vió menguada su fortaleza, ni sufrió desconcierto el día de las angustias; ni flaqueó abandonado, ni víctima del infortunio; y, varón constante, no puso á precio su honra, ni entregó á la desesperación sus conatos.

Buen cristiano, y caballero á toda prueba, pudo recordar aquellas palabras del *Libro de la Sabiduría*, ya que más de una vez las observára: «Si dijeres: escasean

mis fuerzas: sábelo bien el que penetra los corazones; nada está escondido al guardador de tu alma. El dará galardón merecido á las obras del hombre. *Si desperaveris lassus in die angustiae, imminuetur fortitudo tua. Erue eos, qui ducuntur ad mortem: et qui trahuntur ad interitum liberare ne cesses. Si dixeris: Vires non suppetunt: qui inspector est cordis, ipse intelligit, et servatorem animae tuae nihil fallit, reddetque homini juxta opera sua.* (Prover.: xxiv, 10, 11, 12.)

Sólo con su espíritu hallábase en todas partes y en la córte misma como en aquella ciudad pequeña y poco habitada, contra la cual dejése ver un rey poderoso, poniéndola estrecho cerco, fortificando sus contornos y ciñéndola por completo. Habia en ella un hombre tan pobre como sabio, y por su saber libró la ciudad, sin que despues nadie le recordára. *Civitas parva, et pauci in ea viri: venit contra eam rex magnus, et vallavit eam, extrusitque munitiones per gyrum, et perfecta est obsidio. Inventusque est in ea vir pauper et sapiens, et liberavit urbem per sapientiam suam, et nullus deinceps recordatus est hominis illius pauperis.* (Eccles.: ix, 14, 15.)

Cierto que hay una sabiduría que abunda en el mal, y que no se hermanan fácilmente la prudencia y la amargura. La ciencia del sabio es como inundacion benéfica: todo lo rebasa, y es su consejo fuente de vida. *Est autem sapientia quæ abundat in malo: et non est sensus ubi est amaritudo. Scientia sapientis tamquam inundatio abundavit, et consilium illius sicut fons vitæ permanet.* (Eccles.: xxi, 15, 16.)

El que no ha sido probado ¿qué sabe..... Ví muchas cosas cuando peregrinaba, y escuché mil hablas ex-

trañas. *Multa vidi errando, et plurimas verborum consuetudines.* (Eccles. : xxxiv, 12.)

Ved aquí, Señores, dibujada en tono de sentencia la fisonomía de Miguel de Cervantes Saavedra, como la del vistoso grupo de los ingenios españoles, cuya piadosa conmemoracion es hoy objeto de nuestra gratitud y de nuestras amorosas plegarias; porque á todos ellos deben alcanzar nuestros quebrados suspiros, dándolos á conocer al Padre de las misericordias con el acento de la oracion cristiana. Levantaremos así el edificio de la justicia y de la caridad, ya que todos ellos compitieron noblemente por allegar á la majestuosa fábrica de las letras españolas el apacible y sabroso caudal del humano saber, porque honra merece toda obra acabada y toda digna empresa. Está escrito que será abonada toda obra escogida, y honrado en ella el que la ejecuta. *Et omne opus electum justificabitur : et qui operatur illud honorabitur in illo.* (Eccles. : xiv, 21.)

Dejemos al biógrafo su propio encargo, al historiador sus investigaciones, al literato su pasion á la bella forma, á la medida y número. Tomando solamente de cada uno de estos officios lo que pueda aprovechar el orador cristiano para interes de su cometido, demos por corriente y averiguado que nuestro Miguel de Cervantes, nacido en Alcalá de Henares á los 9 dias del mes de Octubre de 1547, murió en Madrid á los 23 de Abril de 1616. Enciérrase entre ambas fechas un período tal de luchas, de sufrimientos, de lances y de reales aventuras, que mas bien de relatarse, deben ser como transformadas en asunto de discusion honrosa y de enseñanza reflexiva. Grandemente nos acompañará en este ancho camino el guia discreto de curiosos ingenios y de pre-

ciados talentos. Como, al saludarnos, habla de esta manera.

*En un lugar de la Mancha.* Cuéntase haber nacido allí cierto personaje, que, mirado con predilección notoria por todos los vates y literatos, es completo solaz y recreo de los máspreciados talentos. Bajo el nombre de *Historia del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, anda por todo el mundo y se encuentra sobre los escaños de nuestras antiguas casas el primero de los romances, y el que, en razón, en agudeza y chiste, no ha tenido segundo. Llámase el autor del libro tan afamado MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Rara introducción, por cierto, la que acabais de oír, presentada bajo las bóvedas de esta iglesia de monjas Trinitarias, ante los respetables individuos de la Real Academia Española, y salida de boca de un obispo católico, quien, al parecer, un tanto olvidado de su misión en el ministerio de la palabra, invoca ahora la del hombre, y más aún, toma los vocablos primeros de un ingenioso romance, cuando era de esperar impetrarse del Espíritu Santo el dón de decir bien, poniendo, como ántes, por comienzo de su propósito las palabras inspiradas.

Sin embargo, habiendo de llevarnos á fines de todo punto cristianos la corriente de un asunto verdaderamente español, y sobre español castellano, bien puede disimular esta Real Academia que al mirar yo de hito en hito la gallarda figura del famoso manco de Lepanto, me hayan venido á la memoria para sorprender mis labios las palabras: *En un lugar de la Mancha.*

Parece ya bastante indicado el asunto que ha de ocuparnos, sin embargo de no estar aún reunidas las apues-

tas figuras que con nuestro Miguel de Cervantes han de ser objeto de la oracion fúnebre que la Real Academia consagra deleitosamente á sus patriarcas y maestros. Y no es que me haya olvidado de tan esclarecidos varones, sino que al convocar la compañía no he podido contarlos. Son tantos, que no da tiempo á la cita. Ellos á su vez no podrian concurrir á estadio tan reducido (1).

Propóngome demostrar que la forma cristiana es el propio distintivo de las letras españolas. Para que el intento y los medios encaminados á conseguirlo no desdigan ni de su objeto, ni del carácter de la persona que lo trata, imploro el auxilio divino, así como vuestra atencion benévola.

No cabe, Señores, en ceñida *resumpta* la muchedumbre de objetos que, atañendo á personajes esclarecidos en el cultivo de las letras españolas, fuéronlo tambien en cristiana vida y en buenos ejemplos. A primera vista ofrecen nuestros libros un carácter tan señalado de juicio, de gravedad y donosura, que no tiene parecido en las obras y cuadros literarios de las demás naciones. Nuestro Cervantes, como los autores dramáticos y castizos prosistas españoles son tan cuidadosos de las gracias en el decir, de la sencillez en el lenguaje, de la moderacion y de la decencia, que, sin trabajo, enseñan á su curioso lector lo que no sabia, y lo que no obstante parece adivinar. Así es: cuando nuestro Cervantes pone en boca del bobo Sancho tan discretas reflexiones y tan acordadas extravagancias, hace concebir á sus lectores cómo el ménos loco de los mortales penetra con su delgado mirar lo escondido de las vanidades humanas. No duda el loco; no vacila el insensato; el quizá, el acaso, el destino, ninguna de estas fórmulas de tormento reve-





lan inquietud, ni sobresalto en aquellos personajes. Consiste en que, nacido nuestro Cervantes de antiguos cristianos españoles, se adelanta resuelto y camina gozoso por entre todas las cuestiones peligrosas, siguiendo el acertado rumbo de la escuela cristiana. Pensando en español habla castellano, y su pensamiento, como su palabra, es fija, determinada, reflexiva. Ni acaso, ni duda: afirmaciones valerosas y seguros conceptos.

Verdad es que nuestro Cervantes, como algunos otros de los clásicos españoles, pusieron á las veces sentencia libre, chiste ofensivo, expresion deshonesto y alusion maliciosa en boca de personajes determinados; pero no olvidemos, Señores, el tributo que la flaca humanidad suele pagar á intentos vanidosos, rara vez extraños á la pintura del pensamiento cuando es ayudado de imaginacion poderosa. Ni olvidemos que nuestro protagonista era un manco, que no pudiendo sujetar el áspero y amarillento papel sobre que escribia el *Quijote*, lo fué tambien moralmente al dibujar estancias peligrosas y personajes traviesos. Y para eso justamente nos vemos llamados, y hemos concurrido al lugar santo. Aquí, con el pensamiento cristiano, y obedeciendo las enseñanzas católicas, venimos á implorar las misericordias del Altísimo en socorro de las almas de quienes cultivando las letras españolas nos han legado la herencia preciosa de su fe, de su profesion, y de su conducta caballerosa, dando fin á sus tareas con sincero arrepentimiento de sus culpas y de sus desmanes, áun embozados é ingeniosos.

Recordaréis, Señores, nuestra *gaya* ciencia, nuestros *dezires rimados*, el *aparejo* de nuestras *cantigas* y de nuestros romances; y no podeis olvidar que desde Juan de Mena, Rueda y Virues hasta Jovellanos y Martinez de

la Rosa, último de nuestros llorados compañeros, viene hablándose la lengua castellana, naciendo su pulidez y galanura al lado mismo y del fondo del pensamiento cristiano. Caminando juntas el habla castellana, la oración, las devociones, los rezos domésticos y las exhortaciones públicas conservaron union tan amorosa las letras humanas con la idea católica, que no es posible entender la prosa castiza española, ni nuestra linda poesía, sin tener y sentir lo que sintieron y creían nuestros *mayorales* en la lengua. Enlazábanse ambas cosas con apretado nudo, y se cruzaban los discretos estrechos entre la idea cristiana y el habla española.

Ni Lope de Vega, ni Calderon, ni Moratín, ni los Argensolas, ni siquiera los Góngoras, ni Quevedos habrían sido tan clásicos, tan españoles, ni ahora serían buscados y leídos como son, á no haber formulado sus varios proyectos bajo la idea noble de un puro españolismo. No desconozco, Señores, que en otras regiones hay modelos, y brillantes modelos en todo género de literatura; pero lo que no se halla en los demás países es un comercio tan íntimo y perpétuo como el que en España tienen las letras y la Religion, fondo de nuestro noble carácter y de nuestro levantado patriotismo.

Cuando viene á la memoria la muchedumbre de nuestros hablistas y cantores, y cuando á presencia del magnífico y grave aparato que nos rodea han sonado nombres de fama, honrados mil veces por nosotros, Señores de la Academia, no pudiera olvidar un obispo á Luis de Granada, á Luis de Leon, á Luis de la Puente, ni á Mariana, Morales y Garibay, quienes, precedidos, acompañados y vistos despues por mil otros como ejemplares de elocuencia, de donoso cantar, de fluida narra-

cion y de gracioso estilo, dijeron, y dicen siempre, á nuestro exámen y gratitud cuánto debemos celebrarlos y cómo enaltecerlos. Sin duda habreis echado de ménos que relatando merecimientos literarios, nada haya dicho de la graciosa castellana Teresa de Jesus, ni de su digno émulo el candoroso Juan de la Cruz, no obstante que os estaréis representando á la Santa reformadora del Cármen quieta, extasiada ó en el arrobamiento de *Las Moradas*, y al segundo fijo en su embelesado mirar hácia la cumbre del *Monte Carmelo*. Mas ya comprendeis que, objeto estos dos nombres de nuestra veneracion literaria, no pueden serlo en manera alguna de nuestros sufragios. Ellos, desde la Patria celestial, interceden por nosotros, y ellos con nosotros claman en favor de los que fueron cultivadores de las letras españolas, compañeros suyos y nuestros dignos modelos.

Por cierto que cuando las letras impregnadas del mal olor de la incredulidad, del veneno de la duda é invadidas por novedades audaces, ofenden, asedian y comprometen hasta los más serios estudios, gozoso es asistir á estos aniversarios, donde despues de tres siglos se recuerda viva la gloria de los que diligentes en sus mismos descuidos supieron comunicarnos con la sobriedad de su ciencia el más gustoso sabor vertido á una linda y agradable sencillez. Y es de notar que cuando los siglos clásicos de otras naciones, hablando en verdad lengua varonil y de cordura, han visto sin embargo tinturada su palabra, ya de regalismo, ya de cierto sabor janse-nístico y tambien del espíritu quietista, los autores á quienes hoy honra la Academia se mantuvieron, con verdadera entonacion castellana, precisamente en el punto desde el cual podian dirigirnos y enseñarnos sin lesion

del buen espíritu católico, y aún más, ofreciéndonos medios de defensa con su frase castiza y con expresión correcta.

Verdad es que tuvimos entre los hablistas del último siglo claros varones, que, llevados de las novedades del tiempo, imitaron á quienes en Francia fueron á la vez, ó respectivamente, autores y defensores de las *libertades galicanas*, como tambien es cierto que en la misma época bañó la frente de algunos autores españoles la niebla de Port-Royal y el humo enciclopedista; pero, bien observado, se nota que una y otra flaqueza fué en España verdadera importacion de *galicanismo*, siempre funesto en España, nunca y en ningun caso avenible con el pensamiento español y con el habla castellana. Al simple sonido de las voces se observaba, entre nosotros, la extrañeza y novedad que pretendia introducirse; y para que este exámen presente su cabal contorno, me permito ofrecer una consideracion muy al alcance de todos, y de seguro bien pesada en sus delgados quilates por los ilustres individuos de la Academia. La buena escuela, toda nuestra escuela mística del gran siglo xvi, subió tan alto, fué tan sencilla y á la vez tan profunda, que en vuelo constante y de mil maneras enamorada, trató las cuestiones más difíciles y delicadas de la ciencia de Dios, conservando siempre, con la propiedad del lenguaje y la rectitud de las ideas, intacto el dogma cristiano é ilesa la moral católica. Nunca fué más discreta la noble castellana Teresa de Jesus, que cuando, hablando sobre el misterio de la Santísima Trinidad, como un Petavio y un santo Tomás, apartaba graciosamente la idea, confesando con agudeza no entender de lo que hablaba y ser este asunto de teólogos. Pues bien,

traslademos la reflexion á la Alemania, y áun á Francia. Apoderados los ingenios nebulosos del Norte de nuestra literatura clásica, han producido un misticismo que, llevado por mano luterana y á impulso de vocablos protestantes al molde de su nacionalidad, ha venido á convertirse en un panteismo fatalista. Ya se ve cómo siempre asciende gloriosamente la palabra clásica española, y cómo desciende cuando extraño poder intenta vestirla ó desplegarla. Todavía ocurre una consideracion de gran honra, y que ojalá supiéramos apreciar bastante los españoles, á saber: que nuestra literatura clásica, comparada con alguno de los modelos más reputados del siglo de Luis XIV, muestra sus preciadas ventajas de una manera tan gloriosa, que, bien mirado, deberia levantar hasta las nubes el eco de nuestras alabanzas. Sabido es de todos los que acostumbran mirar por dentro las obras del ingenio y del arte que el dulcísimo é inimitable Fenelon ensayó su diestra pluma en mil géneros de literatura, siempre con aplauso, jamás sin pulidez. Pues bien: lo más fuerte, lo más propio del carácter y estado del Arzobispo de Cambray era sin duda tratar los asuntos de Religion, y especialmente los místicos. Y cosa notable! escribiendo el libro titulado: *Las máximas de los Santos*, fué argüido y acusado de *quietismo*, cuando nuestros autores subiendo más, cantando en más variados tonos y pulsando más delicadas é irritables cuerdas, nos han legado tesoros de erudicion cristiana, de doctrina ascética y de discrecion de espíritu. Y cuenta que la mencion hecha de la mano y pluma que escribió el libro *Las máximas de los Santos*, no es de aquellas que menoscaban reputaciones, ni deprimen honras, al contrario, y sea Dios loado! al recibir el Arzobispo

de Cambray el *breve* que condenaba su libro, y al leerlo él mismo, quemándolo por propia mano, regalando además á su iglesia la custodia en la cual se representaba de una manera bastante expresa la accion de ser entregado á las llamas dicho libro; todo esto levanta el crédito y la gloria de Fenelon á un grado desconocido en el género de sumisiones. Ved ahora, Señores, cuanto valen y pesan, cuanto merecen ser loados los ingenios españoles que, guardando su palabra, por la unidad de Religion y de fe, en el tesoro de su habla castiza, nos dijeron entónces, ahora nos dicen, y siempre cantará la fama que las letras españolas son honra de las letras, y alto monumento de nuestra respetuosa veneracion. Obras como las que registra y conserva la Academia Española, digna memoria son 'y merecido recuerdo, para que todos nosotros pidamos con sentimiento cristiano por el eterno descanso de los ingenios que las concibieron y de las manos que las alzaron.

De buenos es venerar la memoria de los mayores, y mucho há viene acreditada la máxima de que honrar á los demás es propio de almas nobles y bien intencionadas. No quisiera por lo mismo desviarme de autoridad tan respetable como la de nuestro compatriota Solís, quien tituló el sufrimiento un *segundo valor*. Dejaría yo pasar esta calificacion á no considerarla poco exacta, tratándose de los sufrimientos y angustias de espíritu que arrimaban á nuestro Miguel de Cervantes hácia todas las privaciones y estrecheces. No, no, Señores: el sufrimiento, el aguante, en dura cárcel y en amargo cautiverio, tan léjos está de ser un segundo valor, que, por el contrario, es el más animoso y meritorio. Seguro es que Cervantes, llevado á los combates por

dura y amarga peregrinacion, soportando las fatigas y humillaciones de simple soldado, mal recostado y al desabrigo en el fondo de las galeras españolas, mezclado entre los tercios de gentes extrañas, con el sentimiento de su propia valía, y con la conciencia de su cultivado ingenio y de su claro talento; más todavía, en las altas aguas de Lepanto, á presencia de enemigos crueles y fanáticos, y deshecha su mano izquierda por cercano disparo, todo esto no equivalía al aguante y sufrimiento que mostró su noble corazon y su ancha frente cuando aherrojado, cautivo y objeto, por su nobleza, de todo mal trato y de toda grosera injuria, conservó igualdad de ánimo y acomodada condicion para legarnos más tarde, en imágen de su ingenioso hidalgo, el primero de todos los libros en parecido carácter. Claro es que tengo por el mayor y más probado el valor del aguante, como que el de acometer ó defenderse, ofrece el desquite de la honra, de la destreza, y áun el de la fuerza misma.

Ya veis, Señores, la manera cómo el Cristianismo nos da á conocer el mérito de las acciones morales, y en qué forma alienta nuestro espíritu, le sostiene é impulsa para emprender cosas de renombre y de loa eterna. Con este género de propósitos acometió nuestro Cervantes; en esperanza contra toda esperanza, la arriesgada y muchas veces comprometida empresa de su libertad, madurando el designio de obras que sólo se conciben cuando el ánimo está recreado, libre el espíritu y solazado el entendimiento. Cada uno de los pasos con que adelanta sus libros el deleitoso escritor, es una gloria para las letras españolas y una lisonjera conquista del talento.

Encontrada una hoja suelta del *Quijote*, de Per-

*siles y Sigismunda*, de *La Galatea*, ó de alguna de las obras de nuestro verdadero *mayoral*, habria bastado para que la curiosidad literaria y el más lindo discreto hubieran rebuscado su principio ó su continuacion con anhelo cariñoso. Nada os digo, Señores, si por desgracia, que no lamentamos, solamente hubiera podido el ilustre preso de Argamasilla salvar el prólogo á su ingenioso hidalgo dentro los pliegues de su negra camisa, porque comprendéis bien sobrarian sus breves páginas para labrar la reputacion más acrisolada. Y tambien serian provechosa leccion estas indicaciones, si, atendida la índole y fisonomía de nuestras letras, se las mirára siempre venidas de raza española, nacidas en patria cristiana y fomentadas por el aliento de la santa virtud.

Hicieron bien los abates Andrés y Lampillas, volviendo, desde su destierro, el altivo mirar de la honra hácia sus compatriotas, nuestros celebrados hablistas. Vieron de cerca con qué ahinco trataban los abates Bettinelli y Tirasboschi deshojar las bien arregladas páginas de la prosa castellana y de la poesía española por medio de la traviesa emulacion del ingenio italiano. Pagados nuestros Jesuitas de su patriotismo, un tanto satisfechos de su gusto por las letras, y de su familiaridad con las españolas, acertaron á parar el golpe extraño que desacordadamente descargaban sobre nuestra literatura los dos historiadores de la italiana. Harto manoseadas nuestras letras por aquellos dos compatriocios, pudieron compararlas en su recato y valentía, en su agudeza y sencillez, y en su armoniosa galanura con todo lo que antiguos y modernos habian dicho y escrito sobre el asunto litigado. Ello es que la literatura española en sus dramas, en sus cantares y sonetos, en sus romances y prosa,



quedó grandemente vindicada y puesta al abrigo de arremetidas desdeñosas. A tal grado, que enamora tanta sobriedad al lado de tal destreza.

Que nuestro Cervantes haya merecido, pasados siglos y corriendo tiempos, ser mirado como no lo fuera, y como debió serlo en Madrid, en Valencia y en Sevilla, no es de admirar si se atiende á lo que parecia desear este ingenio aventajado al dibujar la poesía. Queríala recatada, no callejera; huyendo de las plazas y del bullicio; señora, y no pródiga de su presencia. Necesario seria un juicio comparativo entre dichos y sentencias de nuestro Cervantes para acabalar lo alto de su reputacion, así cuando alaba como cuando deprime, y tambien al expresar sus mil discretos pensamientos, asomando el gesto de un dolor producido en su alma sensible por la honda espina de sus pesares. Soldado intrépido, paciente, menesteroso, alma probada en los desamparos y desdenes, era capaz sugeto de madurar, en la prueba misma del infortunio, resoluciones que indudablemente habria malogrado el entendimiento más claro y la voluntad más obstinada. Y cuando hemos podido llegar á la cima de toda una obra, de la obra primera en su género, hija de humano entendimiento, justo es celebrar este nuevo valor de la inteligencia y esfuerzo tan noble de la dignidad humana.

Si tratáramos de la vida y hechos de nuestros hablistas, del análisis de sus obras, del respectivo argumento de cada una de ellas, de los colores de tanta hermosa palabra, del tono y gracejo de la expresion y de la sentencia, olvidariamos, con ofensa del propósito y menoscabo del asunto, hallarnos á presencia de un catafalco, emblema triste de nuestra mortalidad. Embebidos en la gloria del

humano pensamiento cantaríamos sin dejar de cantar con sensible desvío de las honras cristianas, cuyo sonido debe ser hoy lúgubre; pero resignado acento de nuestro dolor. El Dios de las misericordias se dignará otorgarlas en favor de nuestros maestros, ya porque las más veces honraron en sí mismos la luz del Señor que reflejaba sobre sus frentes, ya también porque nosotros pedimos aquella dispensación amorosa con alma cristiana y con sentida plegaria. Sí, Señores, en el Cristianismo todo se explica por inmortalidad y glorificaciones. Dice el Señor: «Yo soy la resurrección, y también la vida. El que cree en mí, aún cuando hubiese muerto, vivirá; y todo el que cree y vive en mí, nunca morirá». Consuelo es, en verdad, vivir incorporados los que todavía peregrinamos por este valle de lágrimas con los que emigraron á otra vida, pudiéndoles aliviar el plazo de sus penalidades, con la dicha también de pagarles la deuda, entre todas más cuantiosa, de habernos informado en buenas letras, en letras humanas y en saber cristiano.

Decíamos poco há deber grato recuerdo á dos de nuestros maestros, quienes, sin ser objeto de estos sufragios, lo son ciertamente de nuestra gratitud y de nuestras alabanzas. Deben, sí, contarse entre los claros ingenios Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Finísima es la graciosa castellana en su gracejo y pensamientos; es airosa cuando refiere, aguda en extremo cuando indica, hábil ciertamente en sus ligeras transiciones; blanda y tierna de corazón, va encendida en llama del amor divino; sencilla como inocente criatura, diseña de una manera admirable el corazón humano. Cuesta mucho comprender cómo, en su pureza de ángel, entiendo todo lo que entiende, y penetra tan hondo en el

arte de dirigir, y en la ciencia de gobernar. Emprende siempre con valor árduas empresas, y persevera, aún herida de todos lados por la murmuracion y maledicencia, sin que las pesadumbres quebranten su espíritu y sin menoscabo de su intento. Sus cartas van salpicadas de fino chiste, y de alusion agradable. Cuando narra su vida excita la admiracion del que lee, ya se acuse á sí propia, ya cuente sus viajes y jornadas. En sus avisos acerca de los confesores, en sus penas de espíritu y en sus dolores sensibles, va dibujada toda una vida de talento, de edificacion, de martirio y de goces. Cuando pinta las *Moradas* no es ya la infatigable paloma que cierne alas sobre las almenas del castillo; sube á las alturas como un serafin para bajar en vuelo encendido á iluminar las almas. Qué elevaciones á Dios! qué avisos! ¡qué discrecion de espíritu! cuántas galas de imaginacion! ¡qué suspirar tan dulce! qué gozosas plegarias! abre su corazon y exhala quiebros divinos; fluyen de su boca dejos de suavidad. Sorprendida una vez por celestial suspiro, parécela perder el seso de fundadora y llega á enamorarse de la *graciosa tonada* de sus villancicos (2). Cómo anda, va y vuelve sobre las cosas mundanas, sobre lo alto de la Teología y sobre lo misterioso de la revelacion. Sí, Señores, Teresa de Jesus es, dice y hace todo esto, siendo á la vez ejemplar moralista, y vertiendo intachable filosofía. Habla, siente, revela, hace sentir y da á conocer en cada uno de sus rasgos un amoroso corazon y un alma enamorada. Es su acento completamente castellano; y no siendo purista de afectacion, es un modelo, en su tiempo, de lenguaje, y un encanto de sutileza y de embeleso.

Y tambien habíamos dicho que la discreta reforma-

dora tuvo un émulo en el mundo á quien ya mira, y de quien es vista en el cielo: Ambos ven allí claro lo que mejor que otros escribieron en la tierra. Sin enigmas ni sombras, sin imágenes y figuras, fijos están en la posesion de Dios, y allí contemplan toda la verdad que tanto amaron, y la dicha por que ardientemente suspiraban. Todo lo tienen, y nada pueden perder. Esos maestros de espíritu, quienes parecian en la tierra ángeles que asaltaban el cielo, no ya extáticos, ni arrobados, sino viendo á Dios cara á cara, y siempre, siempre, siempre dicen un eterno *hosanna* al Excelso, y piden por nosotros. Sí, Señores: el muy discreto español Juan de la Cruz, émulo en gracias, en estilo y en fatigas con Teresa de Jesús. Ah! ¡cómo sintieron, y cómo cantaron... y teniendo nosotros el ardoroso y dulcísimo sentimiento de la piedad, ¿buscaríamos placeres *sentimentalistas*? No, no, por cierto: el *sentimentalismo* es el tormento del corazon. Como de paso he disculpado la digresion sobre nuestros esclarecidos santos. Quería, ya lo habeis comprendido, significar lo que las letras españolas revelan á nuestras curiosas inteligencias, no siempre bien divertidas.

Sensible es, por cierto, que á nombre de una crítica, rara vez sobria, se haya lastimado con frecuencia nuestra hermosa literatura. He oido, Señores, he leído tantas cosas, muchas de ellas desacordadas, sobre la vida y hechos literarios de los autores españoles, y dichas y escritas tambien por nuestros compatriotas, que en verdad afligen el ánimo y ofenden el buen sentido español. Mejor que yo lo habeis oido y leído vosotros, perseverantes custodios de nuestra lengua y fieles admiradores de sus maestros. Mariana, el mil veces traído y llevado Ma-

riana, es grandemente estimado como historiador, como filósofo y humanista. Mas preciso es no olvidar que se tradujo á sí mismo del latin, y que en su *historia primitiva* logró todo su intento, imitando á Tácito en la concision y á Tito Livio en las descripciones y caractéres. A tal punto llegó en el desempeño de su designio, que, colocados frente á frente los historiadores romanos y el jesuita español, pudiera dudarse quién era el modelo, quién el imitador. Esta vez, entre muchas, míranse en gloriosa emulacion Castilla con el Lacio. En esto, como en los cuadros cristianos, obra de los Murillos y Velazquez, hay actitudes, claros y oscuros, expresion tal, y tal viveza, que, sin que hablen, quiere uno escucharlos, y desea responder á quien de hecho no le pregunta. Sucede lo mismo con las estátuas de Alonso Cano, de Borboña y de Berruguete. Al mirarlas se postra el ánimo soberbio, fijase el desvanecido, y deshecho en llanto el corazon apasionado, prescinde ya de la belleza y del arte, llevado como por encanto al fondo de los sucesos, al conocimiento de las cosas y al sentimiento de la verdad.

Entre sucesos diferentes, cuando prósperos, cuando adversos, deja caer nuestro Mariana estas palabras, bastantes para acreditar un hablista y suficientes para tornear la figura de Juan de Mena: «Peció, narra, en la refriega Lorenzo Dávalos, nieto del condestable don Ruy Lopez Dávalos, cuyo desastre desgraciado cantó el poeta cordobés Juan de Mena, con versos llorosos y elegantes, persona en este tiempo de mucha erudicion y muy famoso por sus poesías y rimas, que compuso en lengua vulgar: el metro, que es grósero, como de aquella era, el ingenio elegante, apacible y acomodado á las orejas y gusto de aquella edad. Su sepulcro se ve hoy en

Tordelaguna, villa del reino de Toledo : su memoria dura y durará en España». (Lib. xx, Cap. xvi.)

De intento he buscado las tintas de realce de entre la castiza frase del padre Mariana, á fin de volverle loa y alabanza en cambio de las depresiones con las cuales se amengua á menudo su mérito indisputable. Ved, Señores, cómo describe con natural viveza lo que parecia tener á la vista: «Era un espectáculo miserable: vocería de todas partes, matar, seguir, quebrar, tomar y echar á fondo galeras; el mar cubierto de armas y cuerpos muertos, teñido de sangre; con el grande humo de la pólvora, ni se veia el sol, ni luz, casi como si fuera de noche. Fué grande el destrozo: docientas galeras de los turcos, parte fueron presas, parte echadas á fondo; los muertos y presos llegaron á veinte y cinco mil; veinte mil cristianos remeros puestos en libertad. De los nuestros no pocos perecieron, y entre ellos gente de mucha cuenta por su nobleza ó hazañas. En conclusion: esta victoria fué la más ilustre y señalada que muchos siglos ántes se habia ganado, de gran provecho y contento, con que los nuestros ganaron renombre no menor que el que los antiguos y grandes caudillos en su tiempo ganaron; grandes fiestas y regocijos, llegada la nueva, se hicieron por todas partes, dado que á los herejes no les fué nada agradable. Dióse esta batalla á 7 de Octubre; en Toledo se hace fiesta y se celebra la memoria de esta victoria cada un año el mismo dia.» (*Sum. de la Historia de España*, año 1571.)

En esta gloriosa jornada para las galeras españolas, no cupo á nuestro Cervantes la parte de ventura, de fiestas y regocijos, á la que con razon se entregaron los bravos soldados que á las órdenes de Marco Antonio Co-

lona, de D. Juan de Austria, del príncipe Juan Adrea Doria y del Comendador mayor de Castilla, y el marqués de Santa Cruz D. Alvaro Bazan, alcanzaron gloria para las armas españolas y renombre para sus Capitanes. Allí, en las aguas de Lepanto, corrió tostada de la mano deshecha de nuestro Cervantes la sangre generosa del más cumplido caballero y del más bravo soldado. Necesitábamos ver á qué clase de peligros hacia rostro sereno el noble corazón del manco de Lepanto para admirar en él su digna apostura en los combates, y poderle tributar los homenajes de gratitud que, por ser de gran corazón y por haberle sobrevenido amargas adversidades, merecía muy en justicia.

El valeroso cantor y mirado caballero D. Alonso de Ercilla, levantando un asunto verdaderamente pobre y animando un cuadro de tristura y muerte, describe desde el final del Canto XXIII de *La Araucana* hasta concluir el siguiente todo entero ese famoso combate, donde el autor del *Quijote*, confundido con muchedumbre de sus compatriotas, y ayudado de la juventud de otras naciones, dieron al mundo el brillante espectáculo á que sólo es dado asistir cuando pelean los ejércitos cristianos guiados por la fe y sostenidos por una conciencia bien formada. Hallábase entre estas nobles figuras florida porción de nuestra juventud, y en el revuelto mar de los peligros y de sangriento combate conservaron los españoles el grave continente, aquella dignidad serena y aquel anhelo de justa gloria, que más tarde y acabada una lucha, son argumento de levantados poemas, dignos de los pechos hidalgos y de los nobles caracteres. Hay uno entre estos digno de notarse. Nuestro D. Alonso, tan fecundo en su admirable cantar y

en su donoso decir, respetaba á tal punto la majestad de sus Príncipes, que «hablando algunas veces á Felipe II, siendo muy discreto hidalgo que compuso el poema de *La Araucana*, se turbó siempre, sin acertar con lo que queria decir, hasta que conociendo el Rey, por la noticia que tenia de él, que su turbacion nacia del respeto con que ponía los ojos en la majestad, le dijo: *D. Alonso, habládme por escrito*. Así lo ejecutó, y el Rey le despachó é hizo merced. (*Avisos para Palacio*; impresos á continuacion de la *Carta y Guia de casados*, fólío 194.) Leccion es esta para quienes, reputados de mirar noble y altivo cuando hablan desenvueltos cerca de los grandes, pierden ambos valores, el cívico y el de los combates á presencia de los peligros. Ya veis cómo se componen admirablemente las ideas respetuosas con la vasta penetracion, y la digna independencía del concepto con su feliz expresion.

Tambien es disculpable, Señores, una mencion, jamás como se debe hecha de nuestros nobilísimos y recatados artistas. Todo ello nos lleva como por la mano á comprender la verdad y propiedad de los cuadros, pasajes, escenas é incidencias de las cuales fué tan hábil pintor y tan gracioso colorista nuestro Miguel de Cervantes Saavedra. Con la sola combinacion de las palabras castellanas, sujetas á su claro entendimiento y á merced de su imaginacion vivísima, acertó á significar qué cuadros y cuántas figuras habia de copiar en el dibujo de cada una de sus páginas, cómo habia de colocarlas, y bajo qué actitudes debian ser representadas. Observacion tan sencilla, por lo mismo que es natural, basta ella sola para redondear la noble fisonomía intelectual y moral del soldado de Lepanto. Quien tantos placeres y



solaz tan gustoso ha proporcionado á nuestro entendimiento, bien merecido tiene que, considerado como el príncipe de nuestros hablistas, pidamos por él al Padre de las misericordias y que se cumplan en sufragio de su alma, si todavía lo necesitáre, y en alivio y descanso de todos los que, hoy especialmente, son objeto de nuestras cristianas peticiones.

Ofende demasiado el buen sentido quien, prescindiendo de las épocas y de los tiempos, presenta los sucesos y personajes en el punto donde precisamente él se encuentra. Así es que los valores de las cosas y los merecimientos de las personas tienen su respectivo precio, atendidas las circunstancias en que se realizaron y la manera como las contrajeron. Los hechos y dichos de Miguel de Cervantes Saavedra son tanto más dignos de estima, cuanto que verificados unos y estampados los otros en la amargura, ahogadamente y sin acaso esperanza de que las letras que se escribían pasáran á la posteridad, acreditaba este conjunto de circunstancias cuanto debia de ser en el ánimo de Cervantes la conciencia de su discrecion y filosofía, cuando estaba complacido en contarse, como si dijéramos á sí propio, lo que más tarde, mucho más tarde habian de recibir con admiracion, segun ahora recibe la Academia, muchas generaciones. Consienten las circunstancias que en alabanzas, aunque fúnebres, mencionemos algo de lo mucho que en el reinado de las letras dejó hábil y artísticamente construido el Príncipe de la lengua española. Bien considerado, se observa que todo aquello que hoy mueve á los aventajados ingenios para crear y producir, debia desalentar á menudo al pobre, al desvalido, al abandonado Cervantes, quien podia mirar las cosas y á los hombres con el

enojo y amargura que hombres de otro temple, y que no fueran españoles, habrían derramado sobre la sociedad de su tiempo y sobre los personajes de su época. Tanto sufrimiento soportado sin queja y sin murmuración envidiosa, será, no lo dudeis, señores de la Academia, justo descargo, si ya no lo ha sido, en el tribunal santo de Dios de las humanas flaquezas y de las miserias que el hombre, objeto principal hoy de nuestra admiración y caridad, hubiere cometido.

La Religión, que tan dignamente sabe hermanar todos los nobles conceptos con todas las aspiraciones dignas, levantándolas tanto más cuanto ellas se muestran más sencillas y de buen acomodo, nos inspira á la vez humana veneración á las cosas del hombre, y por el hombre ejecutadas, acertando á referirlas á Dios, su autor; sirviendo á un mismo tiempo como de título precioso para abrigar legítimas esperanzas. Cuando hay la desgracia de no contar con estos motivos de justa apreciación, viene luego la desventura de un desdeñoso reconocimiento del mérito ajeno y el propio descontento. Muy pocos en la época de Cervantes miraron las cosas con este mirar prudente, cuando desdeñosos en la grandeza, descastados amigos dejáronle vivir de su propio corazón y de su cabeza, sin que ni el estímulo pudiera alentarle, ni el elogio halagar su ánimo, ni darle solaz y anchura la generosidad y la hidalguía. Tanto mejor para Cervantes que, relegado como estaba de la humana consideración, unió á la corona literaria, que trabajosamente se labraba entónces á sí propio, la otra corona que llama el cristiano resignación en las penalidades, verdadero regalo de las misericordias de nuestro Dios. Ciertamente, no obstante, que si fué desdeñado por el Duque de

Lerma, mereció la paternal consideracion del arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, no ménos que la del gran Conde de Lémos. Hicieron bien de todas veras. El hombre que en el siglo xvi supo personalizar la Caballería andante, dándola, en tono de defensa, ingeniosas arremetidas, de seguro que en pleno siglo xix hubiera prestado verdadera sombra y figura á la razon, hoy preciada de omnipotente, deshaciendo con mano diestra, y al sólo empuje de su claro talento y de su imaginacion traviesa mil pintados castillos y cien molinos de viento, terror pueril con sus aspas de asustadizas fantasías. No era posible; no cabia en el lúcido ingenio de Cervantes pasar por tantas vanidades, y ménos apadrinar con el prestigio de sus talentos las mil funestas teorías que alimentan cercana esperanza de regenerar el mundo por medio de ilusiones peligrosas. El libro de Cervantes, decia poco há un ilustre miembro de nuestra Academia, no es la locura de un hidalgo, ni la novela de un caballero andante, sino los anales del sentido comun; sus sentencias valen más que sus aventuras; y su forma, su forma que todo lo salva, su forma que es la más digna armadura con que reviste el hombre la inspiracion dada por Dios. . . . .

(3).

Habia entre nosotros en aquella venturosa época una Orden religiosa, bajo la advocacion de la Santísima Trinidad, cuyo objeto era la redencion de cautivos, y á este instituto pertenecen las santas vírgenes, que hoy, con nosotros y en este santo lugar donde reposan las cenizas de Miguel de Cervantes, piden con puro acento y conmovido espíritu por el eterno descanso de nuestro compatricio y demás aventajados ingenios. Glorioso es,

por cierto, asistir con la consideracion al acuerdo y decision caritativa de estas vírgenes cristianas, cuya Orden, tomando entónces la parte de amor y de caridad que desdeñó tener su época en favor de Cervantes, vírgenes castas, retraidas, ocupadas en oraciones, en cánticos de alabanzas á Dios y en saludables maceraciones, tuvieron santo recuerdo y feliz consejo de contribuir al rescate de nuestro cautivo, dando las limosnas que la Orden recibia, la renta y frutos de las donaciones que la piedad de los fieles les hiciera, junto todo con los ahorros de una vida arreglada y penitente á las tiernas plegarias y á los suspiros entrecortados y lágrimas meritorias, á fin de recobrar del poder africano la preciosa existencia de un cristiano, del español Miguel de Cervantes Saavedra. Lo que no acertára, y ni áun imaginar pudiera el arrojito humano, los recursos del talento, la inventiva de la imaginacion, ni lo que en lenguaje moderno se llama patriotismo, hizolo la Orden á que pertenecen esas mujeres. No lo dudemos : en corazones cristianos y consagrados á la perfeccion, caben como en justa medida todos los nobles anhelos y todas las aspiraciones gloriosas. Cómo no! si no alcanza la idea del hombre, ni Dios mismo quiso hacer por la humanidad nada más allá del sacrificio. Sí, señores de la Academia: el sacrificio voluntario, el sacrificio buscado, aceptado, ofrecido, propio es del Cristianismo. El sacrificio ofrecido por otros, propio es de los hijos del Dios, que es caridad. El sacrificio hecho por otros sin vanidad, sin ostencion, sin esperanza, sin retribucion humana, propio es de la escuela católica. Ese sacrificio ofrecido de la humildad y de la grandeza ha podido concebirse dentro del claustro, y por débiles mujeres, que en la oracion tocaban lo alto de



los cielos haciendo caer las misericordias libertadoras de nuestro Dios allí mismo donde no podía tocar la mano del hombre, ni sabia penetrar la astucia humana. Lo cierto es que cuando nadie se cuidaba de Cervantes, débese á las monjas Trinitarias la conservacion de sus restos mortales. Dios sea loado que así muestra su poder y la abundancia de sus piedades en medio de una sociedad escasa de sacrificios y pretenciosa de hazañas y de poder. En este punto, como en todos aquellos donde haya una idea salvadora, un interes de nobleza, de dignidad, de alta honra y de preclaros merecimientos, allí estará, y estará con su sancion y santificándolo todo, el espíritu verdaderamente civilizador del Cristianismo.

Comprended ya, señores de la Academia, los sensibles desvíos que sin querer ocasionan el poco trato con los hablistas españoles y la demasiada familiaridad con el neologismo extranjero. El pensamiento hablado por los españoles es fijo, detenido y de fisonomía inalterable, á tal punto, que la medida de una produccion verdaderamente castellana es aquella en la cual, ni en fondo, ni en forma, se encuentra ese espíritu de incertidumbre, de melancolía, de nebuloso aspecto y de soledad apesadumbra-da, que forma de ordinario el carácter de esas literaturas, que, andando y volviendo de uno á otro centro comercial, han perdido por completo su procedencia y con ella su distintivo y propio nombre. El autor frances habla pensamiento aleman; éste á su vez, tomando la suelta expresion y la frase galante de los franceses, balancea entre lo profundo y superficial; y ambos, perdiendo la raza propia, han traído al fondo de la literatura europea un contingente de duda, de incertidumbre y de pesares, que desconciertan y amagan toda situacion doméstica y to-

da posicion pública. Nace de aquí que respirando el mundo esa vaguedad funesta que lleva al *yo* pedantesco de las literaturas dudosas y flotantes, va perdiendo tambien la agilidad del pensamiento castellano, la claridad de la frase, la seguridad del acento, el fijo mirar y el atinado resolver que en cada página supieron dibujar, y repetidas veces, nuestros modelos y hablistas. Mirando por dentro los alegres asuntos que con desembarazo trataron los autores españoles, á quienes hoy recuerda la Academia, es como se comprende la deuda de gratitud y de oraciones que con ellos hemos contraído.

Obsérvese con discrecion. En medio de tan nobles esfuerzos, y del alto vuelo que ha tomado el habla castellana, merced al infatigable celo de la Academia Española, y al bien logrado empleo de tanto esclarecido ingenio; todavía tenemos que reparar ciertas ventajas que en sus obras, dichos y hechos tenian sobre nosotros los preclaros nombres que hoy aplaudimos. Sabian ellos celebrarse unos á otros sin lisonja y sin culpable emulacion; sabian censurarse unos á otros sin acritud y sin exceso; y sabian tambien lo que nosotros desgraciadamente desconocemos ó hemos olvidado. Sabian, señores Académicos, sufrir unos de otros, teniendo por regalada merced la advertencia ajena. La carta, otra vez citaré á Teresa de Jesus, la carta, digo, de esta hermosa castellana, titulada *Del vejámen*, muestra es de amor á la verdad, y de aquel sincero desprendimiento que sólo cuadra en los corazones no divertidos en amor propio. La sentencia de esta clara vírgen relativa al gran asunto ya aludido del quietismo, vale por todo un mundo de discrecion y de consejo: «Caro costaria, dice, si no pudiéramos buscar á Dios, sino cuando estuviésemos muer-

tos al mundo. No lo estaba la Madalena, ni la Samaritana, ni la Cananea, cuando le hallaron..... Dios me libre, añade, de gente tan espiritual, que todo lo quiere hacer contemplacion perfeta, dé donde diere.....» Podemos gloriarnos con razon de poseer en todos los ramos de una ciencia provechosa, caudal abundoso de discreto saber vertido con gracia inimitable á la armoniosa lengua castellana; así en el romance, así en el drama, así en el soneto, así en la historia, en la poesía, en la mística, como en los viajes y en la erudicion.

Habíamos dicho como de pasada que nuestros clásicos tenían á su disposicion el admirable secreto de proceder sin dudas, ni vacilacion en sus intentos y desig-nios. Así es, en efecto; lo que en los libros venidos del Norte es sombrío, incierto, melancólico ensimismado y con aire de peligroso despecho; es, por el contrario, en los libros clásicos españoles, alegre, torneado, fijo y de tal manera resuelto, que cada uno de los pasos dados en el órden intelectual y moral por nuestros hablistas, forma un bien asentado escalon para subir á las vistosas alturas del saber y de la belleza. No busqueis, Señores, en otro lado esta ventajosa posicion sino en la fiel correspondencia que supo guardar el lenguaje castellano con la unidad de la fe, dentro de la cual la confesion, las valerosas afirmaciones y la diseccion verdadera del hombre caido y del hombre regenerado por Cristo, son otros tantos fundamentos y poderosos motivos para dar nacimiento, desarrollo y cima á obras tan esbeltas y levantadas como las que en su interminable catálogo registra la Academia. Desde el momento en que por sorpresa ó por indiscrecion empezaron á introducirse en nuestros libros, y entre nuestros libros, aún en los de-

votos, palabras no exactas, incorrectas y muchas veces de extraña vaguedad; desde entónces empezó á resentirse nuestra clásica literatura en su expresion franca, en su claridad, en la alegría de sus tonos y en el gracejo de su palabra. Lastimada en su fisonomía, y apagados sus colores, llevó su descompostura hasta asociarse con los que *hacen política* y pintan cuadros *remarcables*, dedicándolos al *Santo* padre. Ay, señores de la Academia! ¿qué diria de nuestros tiempos, de nuestra vacilante literatura, de las traducciones para nuestro Teatro, y de los libros de texto para nuestras escuelas, el de los *Claros varones*, el de las *Semblanzas*, el de la *Araucana*, el de los *Nombres de Cristo*, el de la *Guia de pecadores*, la de las *Moradas*, el de los *Autos sacramentales*? ¡Cómo, apartando la vista y con desden castellano, no lo dudeis, nos desconocerian en el traje que llevamos, en el hablar, y más áun en la hipocresía con que damos culto á los dioses extraños á esta Academia!

Y de quienes esto se dice, no es en verdad de los Señores que componen el primer cuerpo literario de España. Muestras dais cada dia de cultivar con aficion y esmero las letras españolas, enriqueciéndolas con caudal no prestado, afianzando su genealogía, y haciendo de todas maneras que no se pierdan aquellas palabras castizas, perspicuas y sonoras, con las cuales nuestros modelos expresaron sus nobles ideas y dibujaron sus cuadros graves, honestos y vistosos. Los honores que ahora tributa la Academia, así á Cervantes como á los demás ingenios españoles, tanto más aceptables son á las memorias hoy evocadas, cuanto con mayor pureza y mejor celo guardamos el habla de la cual se valieron ellos mismos para escribir sus libros, para decir mil donaires y



para cantar llorosos ó plácidos cantares. Principalmente veneramos el renombre de nuestros claros varones cuando entregados, como á punto culminante y á objeto preferente, á la súplica y plegaria ante el Dios de las misericordias, en obsequio de nuestros hablistas, pedimos y rogamos con la fe y la esperanza que los mismos tuvieron, y que alimentó sus corazones, imprimiendo en ellos el vuelo de la piedad y del amor para que pudieran legarnos los ricos caudales de su saber y de su erudicion.

En medio de tanta espuma de mar, de tanta vanidad acariciada, y de tan livianos empeños como ocupan las ligeras fantasías, persuade mucho, señores de la Academia, ese concebir hermoso, ese proyectar resuelto, esa decision sin dudas y sin discusiones que alentó al más noble de los sacrificios á la Orden de la cual son hijas esas mujeres, sencillas todas, de modesto mirar y de sentidos mortificados. Por lo mismo que tan extraña parece obra de este aliento y temple, es más de admirar naciera y se realizase entre el incienso de las oraciones y en el silencio del claustro, nunca interrumpido sino por el cántico de los *Salmos* y de las *Profecías*. Y qué, Señores! ¿no podrá alcanzar todavía el gemido suspirante de la virgen, á Dios consagrada, la libertad de ese cautiverio intelectual y moral, donde, para propio castigo, parece mirarse bien hallado lo que se llama mundo en lenguaje del mundo? Y qué! ¿no es cierto que donde trabaja la duda, donde tiene asiento la inquietud y la ambicion, no puede haber espontáneas decisiones, noble aspiracion, ni sacrificio glorioso? ¿Dónde están, fuera de nuestro clasicismo, esos argumentos que no parecen traídos, sino encontrados; esas discretas razones, esos vocablos propios, adecuados, claros como la

idea sin pretensiones; ese ir y volver sobre los asuntos, llevando al lector deleitosamente como si supiera por donde va, y como si el campo que con admirable sorpresa se le descubre, le fuera de mucho há conocido y practicado? No lo dudemos: miradas las figuras españolas, ya en su gallardo vestir, como dejando caer el gentil embozo de su airosa capa, hállase el espíritu altamente complacido y noblemente admirado. Justo, justísimo es tributar el homenaje de nuestra gratitud y de nuestras oraciones en obsequio de las almas que, educadas á la antigua española, y por serlo así acreedoras á nuestra admiracion, pudieron obligar á los tiempos venideros con deuda de gratitud en el religioso deber de encomendarlas á las misericordias del Altísimo.

Justo es sobremanera acompañar con la honra del recuerdo á tantos esclarecidos varones como dejamos nombrados, y nombrando á todos los demás bajo la enseña de Herrera, Garcilaso, Lope de Vega y de Calderon, de quien dijo Linguet: «Si hubiera sido griego, no se le nombraria sin veneracion; y á haber nacido en Francia hubiera dejado poco que hacer á los Corneilles y Racines.» Quede tambien vindicada la honra española en el recato de Boscan comparado con el tono inhonesto de Bembo; y si Castillejo, con Quevedo y algun otro excedieron los límites de la agudeza y de la critica, dando mal ejemplo en el empleo de sus talentos, compréndase que esta sensible excepcion suele ser regla harto comun en los poetas de otras naciones, ligeros, envidiosos, libres, muchas veces cáusticos y vanidosos. Y ya que de cantores se trata, cuando nuestro Ercilla hace hablar al denodado anciano Colocolo en el magnífico Canto II de la *Araucana*, dirigiéndose á los jefes del ejército

con motivo de la eleccion de general, arranca de Voltaire (4) la confesion de ser comparable este discurso con el de Nestor en la Iliada á los Capitanes griegos, añadiendo que en esto excede en mucho la *Araucana* al poema de Homero. ¡Así cantaba D. Alonso Ercilla á los veinte y nueve años de su edad!

Tenemos por *Horacios españoles* á los Argensolas; y aún el mismo Góngora, hueco y oscuro, tornó su hablar en delicada frase, en estilo elegante y armonioso. *Villegas, criando risas y cantando versos* (5), y deleitando con su repetido *ya* (6) á cuantos son capaces de sentir bellezas. ¡Y á quién no embelesa el amoroso *Zéfiro blando*, — *Dile que muero*, — *Temo sus iras*, — *Nieve á la tierra*, — *Hiera tus alas*, de la *Oda sáfica?* (7) Mas levantemos ya del sepulcro de un santo rey (Fernando el Tercero) para colocarlos sobre las sienes del Ovidio cristiano, fray Luis de Leon, aquellos motes de renombre que tan bien cuadran al celebrado cantor de los *Divinos cantares*: «Fué el más leal, el más verdadero, el más sofrido, el más omildoso, el que más temie á Dios, é el que más le facia servicio».

Tengo aún que decir dos palabras á la Academia. Sorprendido por la honrosa propuesta que en favor de mi humilde persona hicieran muy competentes literatos, y aún más por la benevolencia con que fuí admitido en concepto de socio correspondiente del primer cuerpo literario del reino; confieso con verdad que experimenté especial contento y túvelo por buena dicha. ¿Es acaso por ver premiado algun propio desvelo? ¿por considerar que en hacer esto iba reconocido algun mérito? ¿porque pudiera entender serme tal distincion de personal provecho? No, por cierto, Señores; creo que la Academia ha

dado un gran paso trayendo á su seno al sacerdote, al obispo, al ministro de Dios que enseña, al letrado de la Religion, y aplaudo con todo mi corazon el pensamiento de mis dignísimos compañeros; los aplaudiria hoy el Marqués de Villena con el gozo que vió fundada esta corporacion en 1713 á impulso de su celo por las letras; los aplaudo con la voz levantada y con el acento de la gratitud. Celebro estas honras hechas por la Academia, no á un nombre demasiado modesto y de ninguna significacion literaria, sino á la profesion y dignidad que naturalmente trae á la memoria los nombres de mil letrados y beneméritos obispos y eclesiásticos españoles, miembros que fueron de la Academia, y que recuerda al lado de Colon al fraile Marchena; al de los Reyes Católicos á Cisneros. Entre nosotros, en tiempos no tan remotos, á los Radas, Gonzalez, Silvas, Taviras, Listas y Amat; recuerda tambien la decision admirable y los sacrificios heroicos del padre mercenario Jorge Olivar, comendador de Valencia y redentor por la corona de Aragon, íntimo amigo de nuestro Cervantes; no ménos que los nombres de fray Juan Gil y de fray Antonio de la Vella, trinitarios; y recuerda los sacrificios personales de los religiosos para volver dulce libertad por cruelísima esclavitud al príncipe de las letras españolas Miguel de Cervantes Saavedra (1).

Permitidme todavía, señores Académicos, encareceros me dispenseis haya tomado de entre mil unos cuantos, ya que no he podido reunirlos ni contarlos. Y aún así, pena me cuesta dejarlos por dominar. Recuerdo con este motivo lo que acaeció á Pedro el Grande, despues de haber declarado guerra á los Suecos. Vencido por éstos en varios encuentros, dijo: « Sé que nos ba-

tirán largo tiempo; pero aprenderemos á batirlos. Evitemos las acciones generales, y los debilitaremos en combates pequeños». Así acaeció. Despues de grandes quebrantos, alcanzó en Pultawa una victoria completa, y dijo: « Vivan nuestros maestros en la guerra ». Digamos nosotros: Gloria, honor y alabanza á todos nuestros maestros en la lengua, y en las letras; aquella gloria, honor y alabanza que la oracion cristiana da á los finados, pidiendo que por la misericordia del Señor descan-sen en paz. AMÉN.

---

---

## NOTAS.

---

- (1) Celebrando nuestro Ercilla glorias de muy diversa especie, cantó:

Si de todos aquí mencion no hago,  
No culpen la intencion, sino la mano,  
Que no puede escribir lo que hacian  
Tantas como allí á un tiempo combatian.

(*La Araucana* : Parte II, Canto XXV.)

- (2) Alusion á la Carta número XXXI, escrita á su hermano el Sr. D. Lorenzo de Cepeda. La remata así: « Pensé que nos enviára vuestra merced el villancico suyo; porque estos ni tienen piés ni cabeza, y todo lo cantan. Ahora se me acuerda uno, que hice una vez, estando con harta oracion, y parecia que descansaba más. Eran (ya no sé si eran así), y porque vea, que desde acá le quiero dar re-creacion:

» ¡ Oh hermosura, que excedeis,  
A todas las hermosuras !  
Sin herir, dolor haceis ;  
Y sin dolor, deshaceis  
El amor de las criaturas.

» ¡ Oh ñudo, que así juntais  
Dos cosas tan desiguales !  
No sé por qué os desatais ;  
Pues atado, fuerza dais,  
A tener por bien los males.

» Quien no tiene sér, juntais  
Con el Sér que no se acaba :  
Sin acabar, acabais :  
Sin tener que amar, amais :  
Engrandeceis nuestra nada.

» No se me acuerda más. Qué sesó de fundadora ! Pues yo le digo, que me parecia estaba con hartito, cuando dije esto. Dios se lo perdone, que me hace gastar tiempo ; y pienso le ha de enternecer esta copla, y hacerle devocion ; y esto no lo diga á nadie. Doña Guiomar, y yo andábamos juntas en este tiempo. Déla mis encomiendas.»

(3) Discurso de contestacion del señor Marqués de Molins al de recepcion en la Academia del señor Campoamor.

(4) Preciso es confesar, añade, que somos deudores á España de la primera tragedia apasionada, y de la primera comedia de carácter que han ilustrado la Francia. (*Coment. sobre el Embust.*, de Pedro Corneille.)

- (5) Alusion á su celebrada cantinela:
- El amor y la abeja*
- .

## CANTINELA DEL AMOR Y LA ABEJA.

Aquellos dos verdugos  
De las flores y pechos,  
El amor y la abeja,  
A un rosal concurrieron ;  
Lleva armado el muchacho  
De saetas el cuello,  
Y la bestia su pico  
De agujones de hierro.

Ella va susurrando,  
Caracoles haciendo,  
Y él criando mil risas  
Y cantando mil versos.  
Pero dieron venganza  
Luego á flores y pechos,  
Ella muerta quedando,  
Y él herido volviendo.

- (6) Alusion á la de
- Un pajarillo*
- .

## CANTINELA DE UN PAJARILLO.

Yo vi sobre un tomillo  
Quejarse un pajarillo,  
Viendo su nido amado,  
De quien era caudillo  
De un labrador robado.  
Vile tan congojado  
Por tal atrevimiento  
Dar mil quejas al viento  
Para que al cielo santo  
Lleve su tierno llanto,  
Lleve su triste acento.  
Ya con triste armonía,  
Esforzando el intento,  
Mil quejas repetía ;

Ya cansado callaba .  
Y al nuevo sentimiento  
Ya sonoro volvía.  
Ya circular volaba ,  
Ya rastrero corría ,  
Ya, pues, de rama en rama  
Al rústico seguía ;  
Y saltando en la grama ,  
Parece que decía :  
Dame , rústico fiero ,  
Mi dulce compañía ;  
Y que le respondía  
El rústico : No quiero.

- (7)

## ODA SÁFICA.

Dulce vecino de la verde selva,  
Huésped eterno del Abril florido,  
Vital aliento de la madre Vénus,  
Zéfiro blando ;  
Si de mis ánsias el amor supiste,  
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,  
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,  
Dile que muero.  
Filis un tiempo mi dolor sabía,  
Filis un tiempo mi dolor lloraba,  
Quisome un tiempo ; mas agora temo,  
Temo tus iras.  
Así los dioses, con amor paterno,  
Así los cielos, con amor benigno,  
Nieguen al tiempo que feliz volares,  
Nieve á la tierra.  
Jamás el peso de la nube parda,  
Cuando amanece la elevada cumbre,  
Toque tus hombros, ni su mal granizo  
Hiera tus alas.

(8) Cervantes estuvo cautivo desde 26 de Setiembre de 1575 hasta 19 de Setiembre de 1580; luego permaneció en Argel algun tiempo como medio año.

Fué rescatado por 500 escudos, es decir, 6,750 reales, y agregando los 45 reales de derechos á los oficiales de la goleta, será el costo total de 6,795 reales, para cuyo pago entraron las partidas siguientes:

La madre y hermana de Cervantes, 300 escudos. . . . .	Rvn.	3,300
Limosna de Francisco de Caramanchel, doméstico del Consejero D. Iñigo de Cárdenas. . . . .		250
De la limosna general de la Orden, 50 doblas. . . . .		250
Se buscaron prestados entre mercaderes 220 escudos. . . . .		2,970
		<hr/>
		6,770

Los Padres redentores se obligaron, á nombre de su Orden, á reintegrar en Argel las cantidades que tomáran para el completo. (NAVARRETE: *Vida de Cervantes.*)







Biblioteca Regional de Madrid



1012530  
Caj.495/12



1012530







